Por qué un detective no se casa jamás

Marta Sanz

Porqué 1: política y retórica

El amor reverencial, el fanatismo, la lujuria que me inspiran la novela enigma y la novela negra –Wilkie Collins, Conan Doyle, Chesterton, Leroux, Chandler, Christie, Hammett, Hadley Chase, Vernon Sullivan, Innes, Highsmith, Simenon, Malet, Vázquez Montalbán, Camilleri...–, se contraponen al aburrimiento ante la frase hecha, ante una literatura que se alimenta de rutinas, que no asume riesgos, que se escribe con el objetivo de complacer a unos lectores a los que no se trata como tales. La figura del lector se confunde con la figura del cliente y la violencia de la realidad –la violencia del mercado– cristaliza en una retórica literaria confortable: un discurso de seducción que intento desactivar con propuestas narrativas como *Black, black, black* o como *Un buen detective no se casa jamás*. Creo que esa pequeña rebeldía frente a las convenciones y a las fórmulas es la mejor manera de rescatar el espíritu de denuncia del género negro, y el virtuosismo, el arte de prestidigitación, el innegable componente moral de las primeras novelas enigma. Escribo en términos generales y también esta novela en particular, porque me inquieta el mundo, su estado de salud, y las palabras que sirven para contarlo.

Porqué 2: los lectores y un editor

Cada día es más difícil publicar un libro. Cada día es más difícil encontrar ese lector al que un determinado escritor se dirige.

Marta Sanz: *Un buen detective no se casa jamás*. Anagrama. Barcelona, 2012.

Ese lector que interpreta el texto y descubre facetas de un libro que ni siquiera su autor conoce bien. Detalles plausibles. Un lector capaz de descodificar el núcleo y los márgenes connotativos de la palabra escrita. He tenido la suerte de dar con un editor que, además de ser uno de esos lectores sagaces, trabaja para que yo me encuentre con el tipo de lector que merezco. Para lo bueno y para lo malo. Una de las razones de la existencia de *Un buen detective no se casa jamás* tiene que ver con el apoyo de Jorge Herralde. Escribo porque tengo un editor. Y porque busco a un lector con quien comunicarme, en quien reconocirme o negarme. También escribo porque no puedo evitarlo. Esta novela y todo lo demás.

Porqué 3: la fobia a los preceptos y la consagración de la desnudez -literaria-

Un buen detective no se casa jamás es un axioma. Una recomendación. Un hecho indiscutible. Es el epifonema con que Raymond Chandler pretende resumir las estrategias que deben vincular sentimentalmente a los personajes en las novelas de detectives. Chandler habla del amor-odio que el detective siente hacia la mujer fatal. Habla de que la atracción e incluso el afecto deben ser impulsos que coloquen al detective en situaciones de peligro. Siempre en el filo de navaja. A punto de despeñarse. El amor es un sentimiento que acrecienta y expone la vulnerabilidad de un héroe que es un antihéroe que es un héroe. El detective no puede disfrutar de una seguridad afectiva. No puede comprarse un chalecito adosado con jardín y una secadora. No puede amar a una mujer con delantalito blanco que le prepare palitos congelados de merluza para cenar. Chandler era un tipo muy inteligente y un magnífico escritor. Pero quizá no debería haber dado instrucciones. Quizá hubiera sido mejor que permitiese a cada escritor buscar sus propias fórmulas. A mí me gustan los escritores ilegales. Los que se saltan las normas de circulación de la literatura canónica y no piensan en los efectos secundarios de una borrachera. Me molesta la preceptiva literaria. Ya sea la preceptiva de los cursos de *creative writing*, la de Chandler o la de Luzán. Y en *Un buen detective no se casa jamás* se me notan las

ganas de escribir un libro que contradiga algunos tópicos de moda sobre el estilo literario. Por ejemplo, el de que la desnudez y/o despojamiento retórico casi garantizan la eficacia y/o intensidad expresivas. Mantras. Mantras. Mantras. *Trending topics* de un estilo que se convierte en estilismo. Hay maneras de escribir que resultan amaneradas y barrocas en su exageración del silencio. A veces echo de menos los adjetivos. Cada historia ha de buscar sus propias palabras más allá de las consignas. Es un proceso, la indagación que exige la escritura y la interpretación de cada obra... En *Un buen detective no se casa jamás* la impasibilidad y el silencio son dos formas de la exageración, pero además las metáforas se extreman para transmitir la idea de que no podemos vivir solo dentro de las metáforas, de que la vida no son solo los textos que la componen y de que, como apuntan Marguerite Yourcenar y Alice Munro, de lo que andamos faltos es de realidades. Las imágenes se radicalizan para marcar la diferencia entre el mundo y sus palabras, entre la realidad y sus representaciones, entre lo tangible y sus códigos, para contravenir la consigna posmoderna de que nuestra única preocupación ha de ser el lenguaje, sus mentiras, su capacidad para construir metarrelatos que son ficciones que pasan por una verdad que no existe o que se puede medir con raseros diferentes. En *Un buen detective no se casa jamás* se opta por un estilo que no permite olvidar al lector que lo que se trae entre manos es literatura: un estilo verborreico, a veces soez, impertinente, sensual, donde el lenguaje se coloca en un sitio que no es el previsible. Por eso, en la contra de la novela se apunta que «esta novela es una mujer que se pinta los labios por fuera, lleva el rímel corrido y tiene un aire a la loca de Chailot». Escribo esta novela porque confío en la dimensión liberadora de las palabras frente a su efecto alienante, clónico, tranquilizador, balsámico. Porque es urgente pensar a la contra, cortar el nervio. Escribo porque me gustan las palabras. Y no quiero tener que andar toda la vida justificándome por esa preferencia. Esa debilidad. Esa perversión. Escribo porque me gusta jugar al *scrabble* e inventar historias a partir de las palabras que se han quedado sobre el tablero. Como Ilse, uno de los personajes gemelares de esta novela en la que no hay casualidades, sino los efectos y las causas que los desencadenan.

Porqué 4: el amor y la lucha de clases

En mis libros, de una forma o de otra, siempre he hablado de amor. Hay dos formas de amor que me interesan especialmente: el amor como ausencia, como historia de fantasmas, como pérdida, como reproche y letra de bolero; también me interesa el amor como lucha de poder, como seducción, como ejercicio de dominación y de violencia. Como la historia de un asesinato. Como el lugar en el que, como dice mi amigo Carlos Pardo, uno es menos él mismo que en ningún otro: en el amor se descubre que uno está hecho de los que habitan en él. El amor nos transforma en Frankenstein de doble naturaleza amable y destructiva: es posible reconocerse cálidamente en los otros, pero también se puede escuchar voces que chocan contra las paredes de la cabeza y, desde dentro, pugnan por matarte. Me interesa el amor como historia de vampiros. El amor como *doppelgänger* y como relación amo/esclavo. Peter Pan sometido –asesinado– por su sombra. El acuchillamiento de los espejos. Narciso. El amor como ese espacio donde queremos creernos las mentiras que nos dicen: la fidelidad o la abyección del criado que necesita sentir que el señor lo ama y lo respeta. Escribo porque amo y respeto. Porque existen legítimas modalidades del rencor y porque a veces conviene escupir en la sopa y morder la manita que te da de comer. Escribo en general y también este libro porque, como dice Warren Buffet, la lucha de clases aún existe. Y la van ganando ellos.

Porqué 5: las hadas y los sapos

Un buen detective no se casa jamás es una novela. No sé si es una novela negra, aunque en ella aparece un detective, se cometen algunos asesinatos, hay desapariciones y revelaciones, conversaciones en la piscina, una trama misteriosa. Si tuviéramos que clasificar esta novela dentro de un género temático, quizá sería más conveniente ponerla junto a los cuentos de hadas: un país de nunca jamás, un castillo, un zapatito de cristal, un banquete de celebración, varios espejos, espejos dentro de espejos,

reconocimientos y deformaciones en la proyección de la imagen, un padre ausente, la madrastra, una mandarina podrida, los disfraces de la bruja y de las princesas, las pieles del asno, el viaje, el alejamiento, un Pepito Grillo que es como una mosca cojonera, un conjuro, la interpretación de un mensaje en clave, quizá un mapa, la bella que duerme en el bosque o en la consulta del podólogo. Los fetiches de los cuentos de hadas están casi todos presentes en esta novela. Y toda la perversión en el relato amoroso que aporta ese imaginario: el adulterio, el incesto, la represión sexual, el hedonismo culpable o castigado, la necrofilia o el vampirismo afectivo, la recreación de una femineidad espesa y de una atmósfera mórbida. Escribo porque me gusta experimentar con los límites de los géneros literarios. También escribo porque quiero saber qué significa ser mujer u hombre en el mundo de hoy.

Porqué 6: Zarco y yo

Arturo Zarco, Paula Quiñones y yo hemos leído lo mismo. Las mismas películas nos han hecho gozar. A Olmo aún le quedan algunos textos por descubrir. Es un privilegiado. A Zarco y a mí se nos saltan las lágrimas de alegría con Henry James, Nabokov, Gombrovich, Chandler, Lewis Carroll, los hermanos Grimm, Hitchcock, Fritz Lang, Chabrol... Escribo esta novela porque a Zarco y a mí nos conmueven las mismas cosas. Vivas o pintadas.

Porqué 7: la habitación de al lado

El crimen es banal. Yo escribo sobre el crimen que tiene una raíz económica. En *Un detective no se casa jamás* hay otra forma de crimen: la inhibición, la impasibilidad, el exceso de pulcritud. El miedo a mancharnos las manos. A la metamorfosis social e íntima. Por eso, en esta novela casi todo lo importante sucede en la habitación de al lado. Porque hay lugares hacia los que no queremos mirar. Porque nunca somos protagonistas de

lo épico. Porque a menudo somos impasibles. Como escritores, como lectores, como ciudadanos. Escribo porque estoy viva y necesito decir algunas cosas. Entenderlas mientras las voy escribiendo. Incluso denunciarlas. Vengo de los otros, salgo de mí, me busco en los demás. Escribo porque creo en la utopía. Pero no en Dios ©